

DON JACINTO RESUCITA

Por RAMON GIL NOVALES

DON Jacinto se moría. Aquella noche, en el espacioso dormitorio de su casa, se había congregado un numeroso grupo de personas, para acompañarle en su último momento. Era un hombre de unos setenta años. Cabeza grande, mirada dura, cuerpo lacertoso. Parecía un fauno tranquilo. Durante cuarenta años había gobernado el pueblo a su antojo. Llegó soltero, y soltero se iba. Nadie le conocía parientes por parte de padre o de madre, aunque muchos le llamaban tío. Había sido bueno, y todos le querían. Y ahora el pobre don Jacinto yacía sobre la cama con gesto de dolor. Las mujeres trezaban. Los hombres guardaban respetuoso silencio.

De pronto el moribundo se incorporó:

—María, ¿estás ahí?—Su voz era débil.

—Aquí estoy, don Jacinto.—Y una mujer arrebujada en un manto se adelantó.

—¿Has traído a la cría?

—No, señor.

—¡Pues qué diablos haces que no la traes! Quiero que vengan todos.

—Ya voy, don Jacinto.—Y salió corriendo.

Don Jacinto no se daba prisa en morir. Iba mirando a todos. Nadie se atrevía a levantar la vista del suelo. Cuando se cansó de mirarlos, gritó:

—Eso quisierais vosotros, que me muriera.—Después, sin transición:

—¡Ay, me muero!

Nuevo silencio. Se oía el viento afuera. La luz del cuarto presidía el grupo quieto.

—Estás muy maja, Amalia.

—Sí, señor para servirle a usted.

—Como no te cases con Antonio, te ahorco.

—Sí, don Jacinto.

—¿Qué hora es?

—Las once —contestó un joven trasijado.

—A ver si llego hasta la madrugada. ¿Os cansáis?

—No, señor—respondieron a coro—. El alcalde, un hombre gordo que hacía rato resoplaba de fatiga, añadió:

—Por nosotros no lo haga, don Jacinto.

Se le encendieron de cólera los ojos al viejo.

—Sólo faltaría eso, que me dierais prisa. Aunque de vosotros cualquier cosa se puede esperar. Porque sois un rebaño de sinvergüenzas. No queréis más que mi dinero. Os conozco como si fuera vuestra madre.

Llamó a su criado.

—Justo, trae una silla para el alcalde, que si no va a morir antes que yo.

Había un fuerte olor a establo y a sudor. Don Jacinto jadeaba. Extendió sus brazos por encima de la colcha de seda. Luego los cruzó sobre su pecho. Había llegado el momento. Se disponía para el trance final. Todos contuvieron la respiración. Le miraban con cariño. Era tan bueno...

—Hijos...—El tono de su voz era suave. —Hijos, oléis muy mal. Sois muy guarros. Teniendo el río tan cerca, ¿por qué no os metéis todos de una vez?

El alcalde iba a protestar: El por su parte... Por fin decidió no hablar. Temía las burlas de don Jacinto.

Llegó la mujer que había salido. Traía una niña de la mano. La niña tenía cara de boba y la madre le daba cachetes en la cabeza para que se acercara al lecho. La niña retrocedió al oír hablar a don Jacinto.

—Y tú, Juana, págale a Justo lo que me debes. No quieras aprovecharte. El ya sabe lo que tiene que hacer con el dinero. Pero tú, paga.

Juana asintió. Si no había pagado era porque su marido se jugó el dinero una noche de nieve.

Don Jacinto se dirigió a un mozuelo que se sostenía sobre una pierna.

—Mucho nervio tienes. Me gustaría saber qué haces en la vida. Se fatigaba al hablar. Hizo una pausa.

—Aún es de noche. Tendré que ir yo a buscar la mañana.

Cerró los ojos y murió. Las mujeres rompieron en sollozos. Se abrazaban unas a otras. Antonio se acercó a Amalia y le puso la mano en el hombro.

—Bueno, estáte quieto. Menos cuento.

—¿No te vas a casar conmigo?

—Ya veremos.

—Don Jacinto lo ha dicho.

—Aún no lo he dicho yo.

Vistieron al muerto. Quitaron el colchón y pusieron a aquél sobre una sábana. Trajeron cuatro hachones y apagaron la luz. Y velaron toda la noche a don Jacinto tieso.

A la tarde siguiente se lo llevaron. Había niebla. La sotana del cura y las basquiñas de las mujeres eran escaques negros en el tablero blanco de la niebla. Llevaban la caja cuatro hombres, que de vez en cuando tomaban huelgo, porque don Jacinto pesaba como un toro. Un viejo cantaba entre dientes un latín siniestro. Otro andaba caneco. Para olvidar. A la salida del pueblo había una bombilla encendida. Colgaba de un palo, como ahorcada. Apoyado en la puerta del cementerio, con bufanda al cuello y boina en la mano, esperaba el sepulturero. Tenía cara de sueño. Dejaron la caja junto a la fosa. Las mujeres cogidas del brazo cuchicheaban. Se hizo el silencio y el cura rezó ¡el responso. Un pájaro saltó de un árbol. Fué un borrón en el aire. Sujetaron el ataúd con cuerdas y comenzaron a bajarlo. Y entonces ocurrió lo imprevisto. Se oyó una voz extraña que decía:

—Bajadme despacio para que no me haga mal.

Los hombres soltaron las cuerdas y la caja cayó al fondo con ruido de carro aplastado. Hubo una tremolina grande. Huyeron de la cárcava como si hubiera hablado el mismo diablo. El cura puso orden:

—¿Quién ha sido el zabolón que ha dicho eso?

—Fué don Jacinto, mosén—dijo un hombre.

—¡Qué don Jacinto ni qué cuernos! Ese está más muerto que mi abuela. Quiero saber quién ha sido el gracioso.

Alguien dijo que debía acercarse el cura a preguntar a don Jacinto si vivía. Pero el cura no se movió. Otro sugirió que el alcalde era el más indicado para interrogar al muerto. Todos aprobaron:

—¡El alcalde!... ¡El alcalde!...

Se aproximaron. A dos metros de la fosa el alcalde gritó:

—Amado don Jacinto...

—Más cerca, más cerca—le decían, empujándole.

Llegaron al borde del hoyo. Como era gordo, le ayudaron a arrodillarse. Y el alcalde con voz temblona:

—¡Don Jacinto!...

Nada. Silencio absoluto. Un crío se agachó junto a él mirándole estúpidamente a la cara. Estaba tan nervioso el alcalde que le soltó una bofetada que sonó como un trallazo.

—¡Don Jacinto!... ¡Don Jacinto!...

El alcalde se levantó runflando. Decidieron cubrirlo. Las paladas de tierra eran abajo golpes secos.

* * *

Fué Justo, el criado de don Jacinto, quien dió la señal. Regresaba de la notaría con el testamento de don Jacinto y todo el pueblo había ido a recibirle.

—¿Me ha dejado la huerta?

—A mí me prometió las ropas.

—Y los machos, ¿para quién?

—No digo nada. Esta noche lo sabréis. A las doce, en el Herreñal.

—¡Jesús, en el Herreñal!... Con el frío que hace.

Fueron. Una larga hilera de antorchas abría la noche. Se detuvieron junto a un bosquecillo. Venían envueltos en mantas. El viento daba gritos entre los árboles. Del bosquecillo salió un hombre alto, recio. Era como si un árbol se hubiera adelantado. Vestía de negro y cubría su cabeza con un extraño sombrero que le tapaba las orejas y parte del rostro.

—¡Hijos!—llamó. Y su voz sonaba como la de don Jacinto. Algunas mujeres se arrodillaron.

—Es don Jacinto. ¡Bendito sea!

—Os he llamado para que conozcáis mi última voluntad. Quiero que vendáis mis tierras y que repartáis el dinero entre todo el pueblo. No daréis nada a Amalia hasta que case con Antonio, ni a Juan hasta que deje a la mujer del barbero, ni a Plácido hasta que devuelva las gallinas que robó anoche en el corral de Lucas. Después haréis una gran fiesta en la plaza, y cuando estéis bien borrachos, que os parta un rayo. Todos los años, en este día, vendréis aquí. Yo os hablaré.

Y como había venido, desapareció. El barbero discutía con su mujer. Plácido se disculpaba. Amalia sonreía a Antonio.

* * *

A la madrugada, un hombre alto y fuerte se despedía de Justo.

—Qué bien ha salido. Como quería don Jacinto. Ni advirtieron que era la misma voz que la del cementerio.

—Es que yo no dije nada en el cementerio.

—¿No fuiste tú?

—No.

Justo quedó pensativo:

—El año que viene no haremos nada.

—Como quieras.

El hombre subió a una mula.

—Ya me mandarás la mula.

—No pases pena.

Se alejó. Justo movió la cabeza:

—Si no ha sido éste, fué don Jacinto.

